



TRES VECES AL AMANECER

La novela de Akash Narayan,
o sea de Jasper Gwyn,
o sea de Alessandro Baricco

Página 3

CONTRATAPA

Reformas,
un relato de
Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

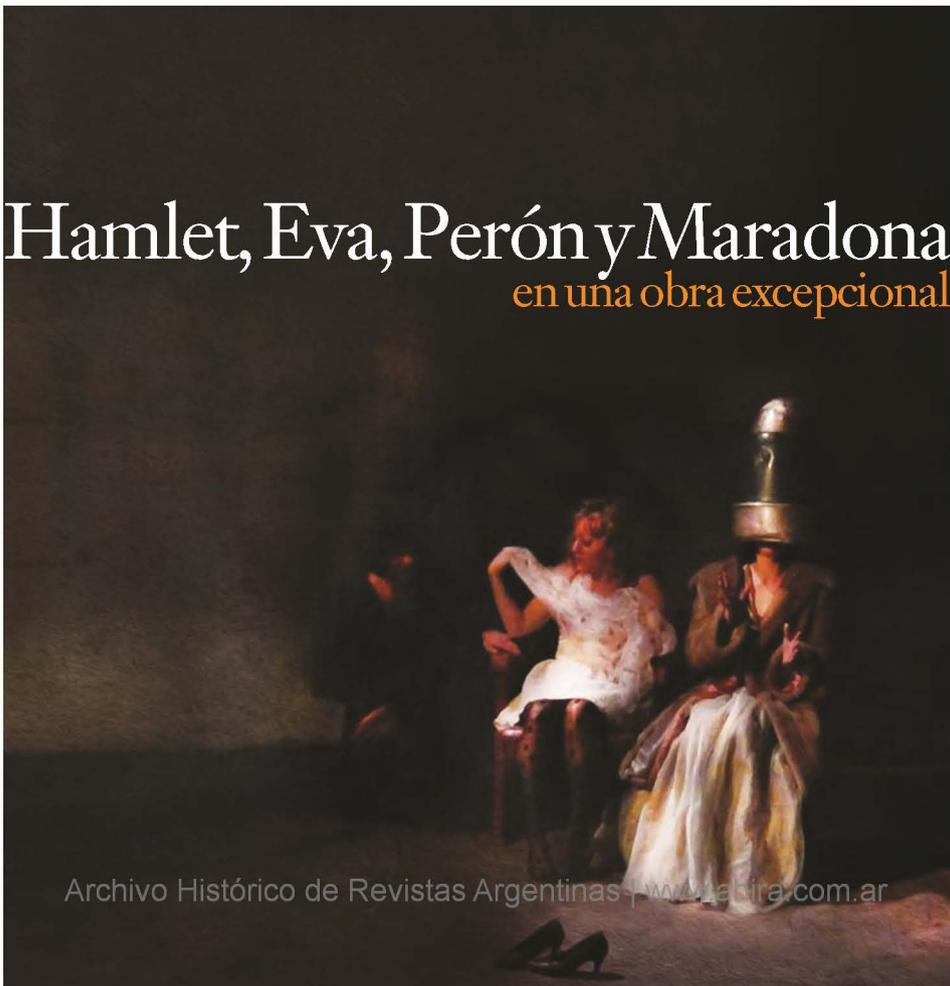
SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 105 | JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 2013

Hamlet, Eva, Perón y Maradona

en una obra excepcional

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.laforja.com.ar



UNA DETENIDA EN EL PENAL DE EZEIZA OBTUVO EL PREMIO CRÓNICAS DE LA VOLUNTAD

Crónicas tumberas, una narración de no ficción que cuenta la convivencia de una mujer detenida junto a la falsa médica Giselle Rímolo, en el penal de Ezeiza, autoría de María Silvina Prieto, obtuvo el Primer Premio de Crónicas La Voluntad, organizado por la Fundación Tomás Eloy Martínez, editorial Planeta y revista Anfibio. Un jurado integrado por Paula Pérez Alonso, Martín Caparrós,

Eduardo Anguita, Cristian Alarcón y Ezequiel Martínez premio a esta mujer de 46 años condenada a cadena perpetua, que se ha formado en talleres de escritura a los que accedió después de pelear ante los jueces por su derecho a la educación. "Despojada de sordez, con ironía y sin llegar al cinismo, la crónica de Prieto vuelve sobre la cultura tumbera superando los clichés", señaló el jurado.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 2013

Hamlet, Eva, Perón y Maradona en una obra excepcional



OSVALDO QUIROGA

No está de más insistir: Shakespeare es más verdadero que la vida. Sus personajes realizan las cosas que los seres humanos de carne y hueso sueñan en la intimidad. Tal vez por eso *La máquina idíota*, el nuevo espectáculo de Ricardo Bartís, resulte tan shakespeariano. Porque a las verdades del genial barbero se unen a las que surgen de la portentosa imaginación de Bartís en el escenario del Sportivo Teatral, de la ciudad de Buenos Aires.

La historia se desarrolla en el Cementerio de la Chacarita. Contiguo al muro del Panteón Oficial de la Asociación Argentina de Actores, ha ido creciendo una mutual anexa de figuras menores del espectáculo. Los personajes están muertos. Se mueven en el espacio escénico como espectros irreductibles, figuras fantasmales, despojos de algo que fueron que cada tanto recuerdan. Se aproximan los festejos de octubre y el grupo quiere interpretar nada menos que a *Hamlet*. Se desahucian en los nichos, tres butacas, una vieja radio y un sillón desvencijado. Algunos pertenecen al rubro "dramático obligado", otros no son más que "cómicos populares" y la mayoría se presentan como actores

del montón. De pronto se escucha a Hamlet: "¿Cómo es posible que ese actor, no más que en ficción pura, en sueños de pasión, pueda subyugar si su rostro, al punto tal que broten lágrimas de sus ojos, palidezca su piel, y todo por Hécula? ¿Pero quién es Hécula para él o él para Hécula que así tenga que llorar sus infortunios? ¿Qué haría él si tuviera los motivos de dolor que yo tengo? ¿Un drama de lágrimas el teatro?"

La genialidad de Bartís no puede compararse con la de ningún otro director argentino. Es el único que no ha coqueteado nunca con el teatro comercial y que ha indagado en la forma teatral sin hacer concesiones de ningún tipo. El ser de Hamlet es de por sí un enigma. Él habla de una manera misteriosa, ambigua y secreta: "Con el anzuelo de la mentira pescaremos el pez de la verdad", dice. Pero las verdades de Hamlet son escurridizas. ¿Por qué no venga a su padre de una buena vez? ¿Por qué él enloquece a Ofelia? Lacan observa con razón que con Ofelia hay un abordaje especialmente relevante de Shakespeare. Ofelia, según Lacan, es el codo de la rampa en la que Hamlet no cae. Hamlet no está en el mundo que ella maneja, no nace. Su misión es otra. Quizá la de pagar con su vida la rampa que él mismo construyó. Las criaturas de Bartís están tan muertas

como el espectro de Hamlet. Habían dos mundos: el de los vivos y el de los muertos.

Gracias a la puesta en escena del director de *La peca* —otro de sus grandes espectáculos— el espectador transita la experiencia del poético. Y esa experiencia es la única que apuesta a la construcción sobre lo desconocido, a la fundación de lo por conocer. Los textos de Shakespeare dialogan en *La máquina idíota* con frases de Eva y de Juan Perón, pero también con publicidades de la década del sesenta, como "Casa Muñoz, casa Muñoz donde un peso vale dos". El de Bartís es un teatro de cuerpos. Cuerpos que poco a poco parecen desintegrarse. Cuerpos que se agitan y se desvanecen. Cuerpos sufrientes con andares extraños. Lo siniestro, uno de los pilares de cualquier obra de arte, es la cuerda por excelencia que sabe tocar el director. Sólo Bartís puede hacer dialogar a Shakespeare con aquel discurso de Eva tan conmovedor: "Yo no valgo por lo que hice. Yo no valgo por lo que soy, ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me quema en el alma me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor por este pueblo y por Perón. Se desahucian los días está con nosotros, porque está con los humildes y desprecia la soberbia de los poderosos. Y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como ban-

dera a la victoria". Bastaría con leer Esa mujer, de Rodolfo Walsh, para saber lo que significó el cuerpo de Eva para los argentinos. Los que ella odiaban aplaudían el éncoro; los que la amaban sintieron que con ella algo de ellos mismos se moría. Que Ricardo Bartís recupere algunos de los jirones que nos dejó Eva y los ubique frente a Shakespeare con perturbadora naturalidad, habla de un teatro nacional, es decir, de un teatro que abreva en los más maravillosos argentinos para escribir sobre el escenario una historia de muertos-vivos. "El tiempo está fuera de quicio", dice Shakespeare y se escucha en el escenario del Sportivo Teatral. Y la prueba es que el espectador se sumerge en un universo que sólo desde su propia mente puede amalgamarse. "Ser no ser: he aquí el problema..." Irrompe cerca del último discurso de Perón: "Llevo en mis oídos la más maravillosa música, que es la palabra del pueblo argentino". Todos sabemos algo de Hamlet y algo de Perón. Como todos sabemos, también, que Maradona les hizo un gol a los ingleses con la mano. Y la mayoría de los argentinos festejó que fuera así porque desde las Invasiones Inglesas, pasando por la supresión de la Malvinas y la guerra que llevó a tantos chicos a la muerte, la política del Imperio no fue favorable a estos pagos. Yahí está el gol, o el re-

cuerdo del gol convocado a escena como parte de ese juego incierto entre la memoria y el tiempo.

La máquina idíota es un espectáculo excepcional. Es probado que sea el mejor de la temporada que concluye. Es un ejemplo de lo que el teatro puede ofrecer cuando los lenguajes de la representación están perfectamente amalgamados. Es también una reflexión sobre el teatro y el público. No es casual que resuene en el escenario una frase de Alberto Uré, un director que cambió de raíz el concepto de puesta en escena: "¿El público? El público lo aplaude todo, aplaude los vestuarios, las butacas, el decorado, aplaude su presencia, su existencia como tal: se aplaude".

Esa vez no está de más aplaudir, y nombrar a los admirables intérpretes de *La máquina idíota*. Ellos son Fabián Carrasco, Facundo Cardosi, Flor Dyzscl, Gustavo Saccioni, Hernán Melazzi, Dana Basso, Luciana Lamoglia, Mariano González, Matías Scarvaci, Marín Kaban, Nicolás Goldschmidt, Lucía Rosso, Pablo Navarro, Rosario Alfaro, Darío Levy, Sebastián Mogordoy y Sofía Titunik. Cada uno de ellos construye un mundo con su personaje. Y algo más: construye un mundo que presencia cierta orquesta de la que todos participan. Esos momentos son los que hacen que la experiencia estética se convierta en una travesía del cuerpo y de la imaginación. Es teatro, puro teatro y nada más que teatro.

TE LLEVARE CONMIGO, UNA HISTORIA TAN HILARANTE COMO TRÁGICA

Dos historias de amor fallidas que suceden en Ischiano Scalo, un caserío sin mar cerca de la costa italiana, con personajes que se encaminan a un destino fatal sin poder hacer nada para evitarlo y una narrativa plagada de humor y guiños cómicos con el lector se entretienen en *Te llevaré conmigo*, la nueva novela del italiano Niccolò Ammaniti. Considerado uno de los escritores más destacados de su

generación y una celebridad en su país, Ammaniti fue traducido a 40 idiomas y recibió el Premio Strega —el máximo galardón de la literatura italiana—. Varias de sus novelas han sido adaptadas al cine. Dueño de una capacidad narrativa tan hilarante como trágica, con similares dosis de crueldad e intensidad, crea situaciones visualmente cinematográficas que hacen sentir al lector en el medio de sus escenas.



JUEVES 6 DE DICIEMBRE DE 2013 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Tres veces al amanecer

La novela de Akash Narayan, o sea de Jasper Gwyn, o sea de Alessandro Baricco



LEONARDO HUEBE

Un hombre, prófugo de la justicia, demora su huida del hotel en que se aloja por la aparición de una mujer madura y misteriosa que retrasa su partida.

Me di cuenta de que uno nunca cambia de verdad, que no hay forma de cambiar: como uno es de niño, lo será durante toda la vida.

Un ex convicto, portero nocturno de un hotel, recibe a una pareja de jóvenes, y en un encuentro solitario con la muchacha trata de convencerla de que busque un cambio en su vida, que deje al pelotudo de su novio y que de huya.

Luego dijo que voy que te voy cuidado, cuando uno es joven, porque la luz en la que se había de vivir será la luz en la que se va a vivir para siempre, y esto por alguna razón que él nunca había entendido. Pero sabía que era así.

Una mujer policía, a cuatro días de jubilarse, custodia a un chico en un hotel. Sus padres han muerto mientras se incendiaba la casa en la que discutían y él lo ha visto todo desde afuera. La mujer policía decide fugarse con el niño y llevarlo a un lugar mejor que aquel hotel.

Todo echaba humo, dijo él. Seguiré echando humo mucho tiempo, pensó ella. Y se preguntó si existía una posibilidad, una sola, de volver a mirar a lo lejos cuando de nuevo siempre tenemos, todos, alguna ruina echando humo.

Baricco: "Si alguien quiere leer un retrato de Mr Gwyn, debe leer la historia que sucede en el hall de ese hotel donde se centra *Tres veces al amanecer*".

Rebecca dijo que los boletines de noticias le daban un pequeño miedo, pero Jasper Gwyn le hizo notar que pocas cosas hay en el mundo que sean más importantes que los boletines de los boletines.

—Con toda esa gente que va y viene, dijo. Y todos esos secretos.

Luego le lanzó una confesión, algo que no resultaba habitual en él, y dijo que en otra vida le habría gustado ser un vestíbulo de hotel. —¿Seré fiero a trabajar en un vestíbulo de hotel?

—No, no, ser un vestíbulo de hotel, fíjate bien. Aunque fuera de un tres estrellas, eso no importa.

En la página 163 de la novela *Mr Gwyn* de Alessandro Baricco, en el primer párrafo del capítulo 64, se lee:

Rebecca encontró Tres veces al amanecer en una enorme librería de Charing Cross, y por primera vez pensó que aquellos ediosos supermercados del libro tal vez tuvieran un sentido. No se resistió a la tentación y empezó a bajarlo allí mismo, sentado en el suelo, en un rincón que quedaba oculto entre los libros de puericultura.

La editorial tenía, en efecto, un nombre de éter: La Viña y el Arado. Horroroso, pensó. En la solapa de la portada estaba la nota biográfica de Akash Narayan.

La nota biográfica, está claro, no tenía nada que ver con Jasper.

*Mr Gwyn y Tres veces al amanecer son dos libros, pero son uno. O no: porque se puede leer *Mr Gwyn* y salir de la experiencia con la sensación de ser testigo de la construcción de un edificio de estructura perfecta; y, paradójicamente, se puede leer *Tres veces al amanecer* y llegar al final sintiendo que en nuestras manos no hay un libro, sino un diamante, un diamante puro y brillante que deslumbra con luz propia.*

Leer los dos es darle vida a un *Transformers* de película.

A catalina de Medicis y al macero de Camden Town.

Esa es la dedicatoria de *Tres veces al amanecer*, y la frase con la que comienza el epílogo de *Mr Gwyn*. Jasper Gwyn es un escritor que un día decide dejar de escribir libros. No dejar de escribir, sino dejar de escribir libros. Arma un estudio en el que se dedica a rea-

lizar retratos narrados de personas. Para que lo ayude a hacer aquel trabajo emplea a una asistente: Rebecca.

Ambienta el estudio con una música exclusiva para hacer su tarea y le encarga a un viejo creador de bombillas de luz que tiene su negocio en el barrio de Camden Town, unos cuantos focos de los denominados Catalina de Medicis que logran darle el abrigo que necesita.

Antes de irse del mundo, Jasper Gwyn le habla a Rebecca de un libro que publicará Akash Narayan, titulado *Antes del amanecer*. Y será allí, cuando Rebecca encuentre y lea aquellas citas, aquellos diálogos, aquellas historias que le remiten a algunos de los retratos de Gwyn, que el mundo estalle.

La lectura de esas tres historias que quebran el tiempo aferrándose a la memoria, al dolor, al sentimiento y la redención son las que dan un corazón a la otra historia, la de Jasper Gwyn, a la de aquel hombre que lo que más deseaba era ser un vestíbulo de hotel, no trabajar en uno de ellos, sino ser uno, aunque sea uno de tres estrellas.

EL GRAFITI, NUEVO TERRITORIO DE EXPLORACIÓN PARA PÉREZ REVERTE

En su flamante novela *El francotirador paciente* Arturo Pérez Reverte narra el accionar de los artistas de grafiti en una trama que, si bien entrelaza elementos ficcionales, es el resultado de una investigación de más de un año que lo incluyó como testigo en performances sobre espacios públicos. El autor español se lanza al retrato de esos "escritores de paredes" obsesionados por dejar su impronta

en los muros desde una perspectiva que antepone la comprensión por sobre la condena de una modalidad catalogada a veces de vandálica. La novela está centrada en Lex, un especialista en arte urbano a quien le encomiendan localizar a Sniper, un grafitero muy famoso que mantiene su rostro en el anonimato, para proponerle una exposición que le dará dinero y prestigio en el mundo del arte



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 5 DE DICIEMBRE DE 2013

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

LUIS SOTO

“**D**el Ever, pobrecito, no tengo nada que decir”.

“Morcilla me dio su celular. El tío es el único que puede hablar, nadie estaba más cerca —dijo—”.

“Buscé a otro. Siempre lo quise al pibe. Y no soy botón”.

El molinero y el camarógrafo acechaban entre los bultos sin edad que casi sobre el mediodía, seguían durmiendo en estratégicos recovecos del hall de la estación Constitución. De pronto un moreno grandote, brazos y pecho plagados de tatuajes, se plantó de frente cortando el paso. Breve diálogo y los dedos del moreno se prendieron a un billete villosito. Ahora los periodistas están con el tío en la barra de un barucho, sobre al pasaje O'Brien.

“Morcilla me contó cosas del Ever. De este infierno no sale nadie y el pido. Used lo ayudó”.

“Eso ya pasó. Ahora dejémoslo en paz”.

“Este es mi laburo, pero hago lo que me encargan. Hoy da más rating el Ever que un político”.

“Cada dos o tres días lo metían en cana. Un cabo se la había jurado. El Ever se la bancaba solo. Le había prohibido a la madre que fuera a la seccional”.

“Armemos la nota. ¿Quiere pensarse, no sé...”.

“A ustedes los maquilan. Un poco de mel daré a... —el molinero le ofrece un pote, el que se embudaba el pelo— Eso. Ahora soy lo que necesitás: el tío botón de un villero”.

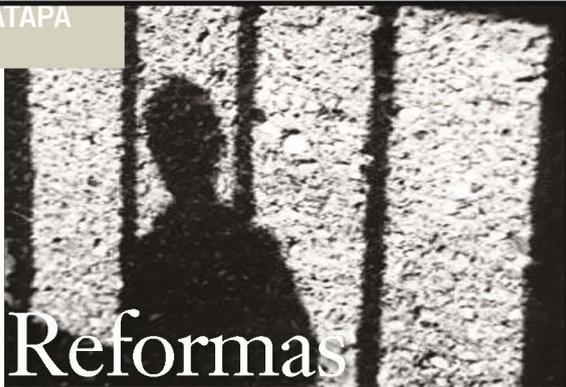
“Le puedo tirar un 100”.

“Que 100... 500. La madre le batía la jusa al Ever. “Nunca voy a preguntur qué hacés, pero por todo lo que chagaste tienen que pagar. De paso tráes un peso a casa”, decía. Los 500 son para ella”.

“Okay, ¿Listo? —la cámara escucha la cara del tío—. ¿Cómo es que el Ever vivía en la estación?”.

“Nada más que dos noches durmí adentro. Quedarse a aporillar todas las noches es duro. Alla larga se cruza un poronga y te la pone. De pronto el pibe tira puertas de taxis por la entrada de General Horman. Era ocho. Debutó en enero y en abril Morcilla era el capo y el Ever, el segundo”.

“¿Por qué le dicen Morcilla al urso?”.



“**Vos lo viste: es negro y siempre anda con un forro puesto. Mucho levante, dice que tiene. Dice que el forro es por las dudas, a veces no le dan tiempo... El pibe se cansó de la estación. Era más piola laburar en el subte. Me decía que correr cada vez que se arrimara un tachero es de pendejo”.**

“¿Qué vendía en el subte?”.

“Biromes, linternas, anteojos para sol. Yo le conseguí lo de las estampitas”.

“¿Las hacía bendecir?”.

“¿Con un cura? Sale caro. Además, nadie se salva comprando un santito dibujado. Pero en las cosas de dios no conviene mentir. Si preguntan: están bendecidas?, vos decís que no, le aconsejé”.

“¿El negocio del subte era por cuenta del Ever o la baraba para alguien?”.

El tío demora en contestar. Enciende un cigarrillo, la cámara sigue al índice cuando la yema aplasta una arañita que corría pegada a la raya del mostrador.

“No sé si es negocio. Sin tener casa y la vieja, lo que ganás, si no te lo afanan, no alcanza. De los seis hermanos era el único que ponía unos pesos. Y no era el mayor”.

“¿Charlabas con la gente, no están prevenidos?”.

“Sentía que a algunos les daba asco. ¿Hacere el leproso y tiráteles encima. Como Tévez, que tiene el cuellito lleno de cicatrices con pus y ves que fregaba en la jeta a los hijos de puta —dice Morcilla— tenía sus revires el Ever. Por ahí hacía como que se habían caído varias estampitas. Se agachaba, iba por el suelo, déle persignarse

entre los pies de los pasajeros. Soy grande, 17 años, que es Bob, y el Ever. Está tan oscuro que no se ve más que el blanco de los ojos. Los clientes son todos extranjeros, más minas que machos. La orden es hacerlos chupar sin asco, mienten en vasos de whisky. El pibe iba prendido en la consumición. Como una copera. Tenía buen entre con las alemanas del Ever. Cuando llegaba una mina nueva, la duena la embalaba. Que el pibe se da un poco y pegamento, que en la calle está en el arrebato, que es de Fuerce Apache. Después iba a la mesa y lo presentaba. En inglés, ¿eh?”.

“Estes es Gerard. Pibe villero, peligroso... Gerard le puso, sí. Las ‘doiche’ se calentaban. No hayallá estos salvajes. El Ever tenía que poner cara de guacho, hablar poco, mirarles las tetas y la boca como si se las pasaba voltear ahí mismo. Y cada tanto mostrar la punta de la cara que guardaba en la boca. La lata, le decía él. A esos turistas los sábados a la noche los llevan al bolichey el domingo a la tarde, a la cancha de Boca. Todo en un solo paquete”.

“¿Que él era un pibe, ¿cómo funcionaba con las mujeres?”.

“Decía que en el subte lo mejor eran las mujeres. Con ellas se hacía fácil. Recién había cumplido 14 el Ever, pero parecía de 22. Por esta vida... Te hace pelona la estación, te envejae sin arrugas. Para mí, a muchas les gustaba eso que no era un chico, que se movía y propiósito, que les tocaba la gamba y más arriba. Con las manos, con la cabeza. ¿Qué sen-

te grande, 17 años, que es Bob, y el Ever. Está tan oscuro que no se ve más que el blanco de los ojos. Los clientes son todos extranjeros, más minas que machos. La orden es hacerlos chupar sin asco, mienten en vasos de whisky. El pibe iba prendido en la consumición. Como una copera. Tenía buen entre con las alemanas del Ever. Cuando llegaba una mina nueva, la duena la embalaba. Que el pibe se da un poco y pegamento, que en la calle está en el arrebato, que es de Fuerce Apache. Después iba a la mesa y lo presentaba. En inglés, ¿eh?”.

“Estes es Gerard. Pibe villero, peligroso... Gerard le puso, sí. Las ‘doiche’ se calentaban. No hayallá estos salvajes. El Ever tenía que poner cara de guacho, hablar poco, mirarles las tetas y la boca como si se las pasaba voltear ahí mismo. Y cada tanto mostrar la punta de la cara que guardaba en la boca. La lata, le decía él. A esos turistas los sábados a la noche los llevan al bolichey el domingo a la tarde, a la cancha de Boca. Todo en un solo paquete”.

“¿Que él era un pibe, ¿cómo funcionaba con las mujeres?”.

“Decía que en el subte lo mejor eran las mujeres. Con ellas se hacía fácil. Recién había cumplido 14 el Ever, pero parecía de 22. Por esta vida... Te hace pelona la estación, te envejae sin arrugas. Para mí, a muchas les gustaba eso que no era un chico, que se movía y propiósito, que les tocaba la gamba y más arriba. Con las manos, con la cabeza. ¿Qué sen-

te grande, 17 años, que es Bob, y el Ever. Está tan oscuro que no se ve más que el blanco de los ojos. Los clientes son todos extranjeros, más minas que machos. La orden es hacerlos chupar sin asco, mienten en vasos de whisky. El pibe iba prendido en la consumición. Como una copera. Tenía buen entre con las alemanas del Ever. Cuando llegaba una mina nueva, la duena la embalaba. Que el pibe se da un poco y pegamento, que en la calle está en el arrebato, que es de Fuerce Apache. Después iba a la mesa y lo presentaba. En inglés, ¿eh?”.

“Estes es Gerard. Pibe villero, peligroso... Gerard le puso, sí. Las ‘doiche’ se calentaban. No hayallá estos salvajes. El Ever tenía que poner cara de guacho, hablar poco, mirarles las tetas y la boca como si se las pasaba voltear ahí mismo. Y cada tanto mostrar la punta de la cara que guardaba en la boca. La lata, le decía él. A esos turistas los sábados a la noche los llevan al bolichey el domingo a la tarde, a la cancha de Boca. Todo en un solo paquete”.

“¿Que él era un pibe, ¿cómo funcionaba con las mujeres?”.

tías cuando se dejaban?, le pregunté un día. ‘Y... se me paraba’, dijo. Las mejillas se le pusieron coloradas, en esmolemento era un chico de 8 años”.

“¿Y el final?”.

“Vivió todo temprano y apurado. En el boliche conoció a Ingrid, una alemana de 30, 35 años. Al principio iba una vez por semana. Se enganchó con el Ever y entró a ir casi todas las noches. Le dije que la citara afuera del boliche. Ingrid no quiso, pero dijo que en un mes se volvía a Francfurt. ‘Venite conmigo’, propuso. Era una locura, pero no hablé.

“Linda hembra”, comentó la duena. “Es mía”, dijo el pibe. La casa de la madre está en Merlo, vivía en tren y ómnibus. Para llegar a las 9 sala más de una hora antes. Un día hubo quillombo en el Sarmiento y el Ever apareció a las 11 menos cuatro. Llovía. No había un alma. Sólo Bob estaba en su mesa. El pibe preguntó por Ingrid. El barman bebó señalando hacia adentro. En el baño no había nadie. Oyó voces en la única pibe. Empujo la puerta y se encontró con la duena forcejeando con Ingrid. El único que vio la pelea fue Beto, el barman, que se había adelantado a alcentruar a la patrona. Dice que la vieja тура estaba desmuda, le había arrancado la remera y el corpión a Ingrid, y trababa de tirarla sobre la cama. ‘Mucha hembra para un mocoso’, decía. La vieja vio al Ever por un espejo y gritó: ‘vos no laburás más aquí; ríajalo, Beto’. ‘Soltala’ fue lo único que dijo el Ever. La vieja no paraba de manosear a Ingrid, que le gritaba en alemán. La putearía. ‘Tomátele o llamo al cabo’, amenazó la vieja. El Ever se le echó encima, la vieja se dio vuelta y alcanzó a sacudirse un codazo en la cara. Beto dice que el Ever cerró los ojos y le mandó a guardar la latia entre las tetas”.

“¿Adónde fue a parar el Ever?”.

“A un reformatorio. Lo están reformando... En la última visita y unos días en la ‘muñeca’”.

“Morcilla dice que el Ever se llenaba la boca hablando del tío”.

“La madre quiso que me dijera tío. No es bueno que un pibe de 7 años sospeche filiación. Esa edad tenía el Ever cuando la conocí”.